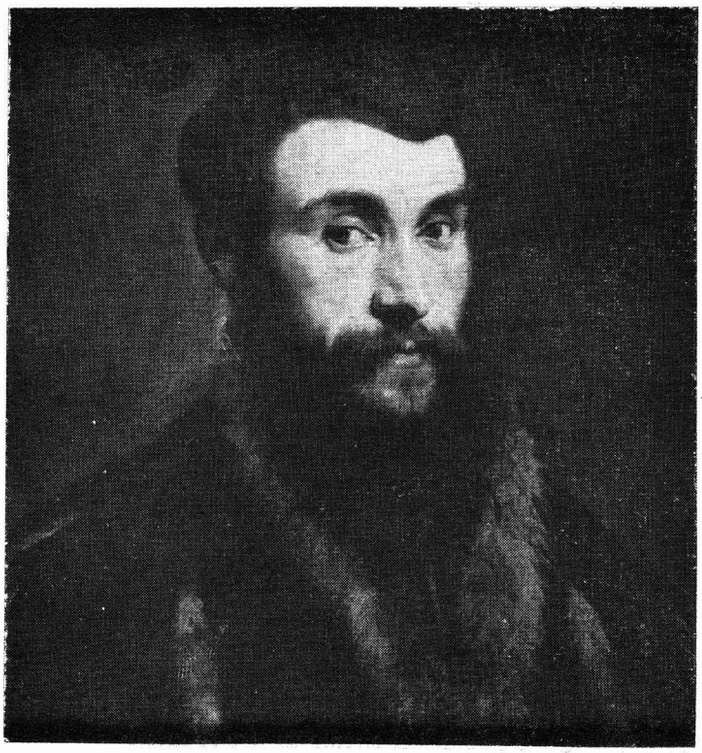
TRES SIGLOS (XVI, XVII y XVIII) DE PINTURA MEXICANA



Por Manuel TOUSSAINT

LA Universidad Nacional Autónoma de México inició en la Ciudad Universitaria sus actividades divulgadoras del arte con una exposición de la pintura que floreció en Nueva España. Este movimiento plástico reviste gran importancia ya que, por sí mismo, fué el más valioso en toda América. Su estudio revela cómo el arte del viejo mundo se trasladó a las tierras nuevamente descubiertas y floreció con intensidad insospechada, hasta crear verdaderas escuelas que, si se derivaron de las europeas, llegaron a alcanzar matices de personalidad y de regionalismo, para obtener con los años características nacionales.

La iglesia renacentista necesitaba de la pintura con fines decorativos y de enseñanza. Adornar templos y monasterios en tal forma que no desdijesen de los suntuosos adoratorios indígenas, para atraer a los fieles y enseñar a éstos, por medio de la escritura plástica, sin palabras, los principios de la religión católica.

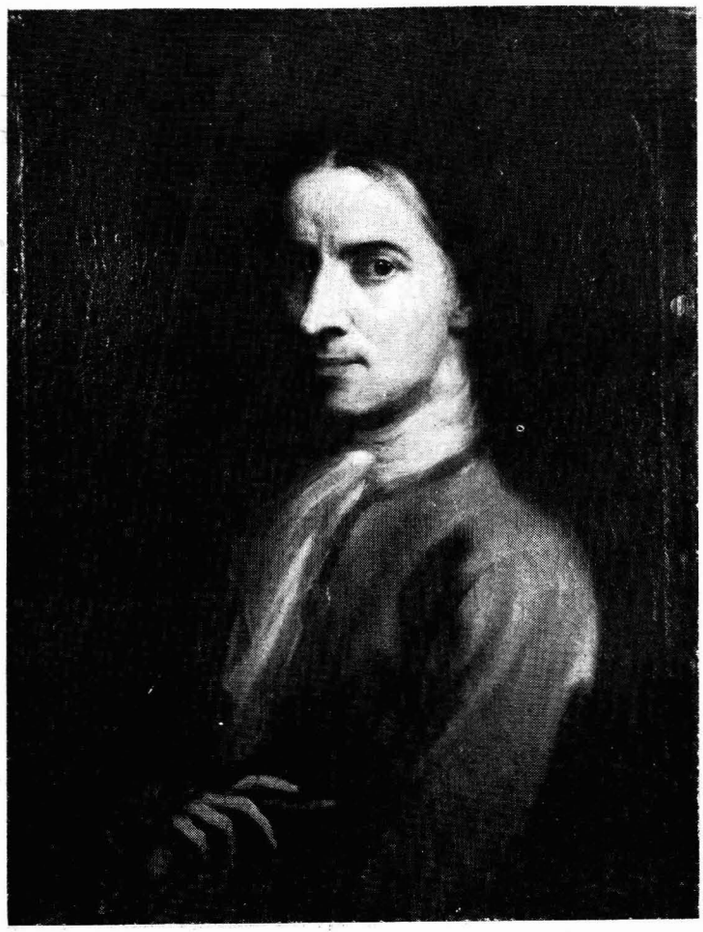
Es así como la pintura mural, ejecutada con la técnica clásica del fresco, que tantas obras maestras había producido en Europa, se prolonga al Nuevo Mundo y nos deja una serie de ornatos murales que van desde la ingenua reproducción de los motivos indígenas, aun con grecas y frisos, hasta la suntuosa decoración renacentista de la escalera de Actopan; o cuadros que ofrecen, al lado de la sabia sencillez de los primitivos, la emoción *giottesca* de los murales de Epazoyucan.

Pero el Renacimiento abandona la solemne inmovilidad del muro para lanzarse en el cuadro pintado al óleo, a la conquista, quizá más mundana pero no menos avasallante, de mayor número de fieles. Así surgen los retablos deslumbradores, las imágenes aisladas, los retratos de damas y caballeros que llevan el arte pictórico hasta los palacios y las casas. Italia y Flandes palpitan como generadores de estas obras y más tarde España agrega su acento viril al concierto. Pintura fácil, de dibujo sensual, de colorido brillante, como si la capital de Nueva España hubiese podido recoger en los reflejos de su lago el resonar de los pintores venecianos, colma los anhelos de arte y de lujo que envuelven la corte del virrey don Luis de Velasco el primero y se prolonga hasta principios del siglo XVII.

Mas todo cambia, sobre todo en el arte siempre propicio a expresar las inquietudes variables del pueblo. Así, nuestra pintura del 1600 resuena con los graves tonos del arte español y se torna, por unos años, adusta, severa, de temas y ejecución sombríos; como si pretendiera hablar más al espíritu, sediento de misterio, que al mundanal goce de los sentidos.

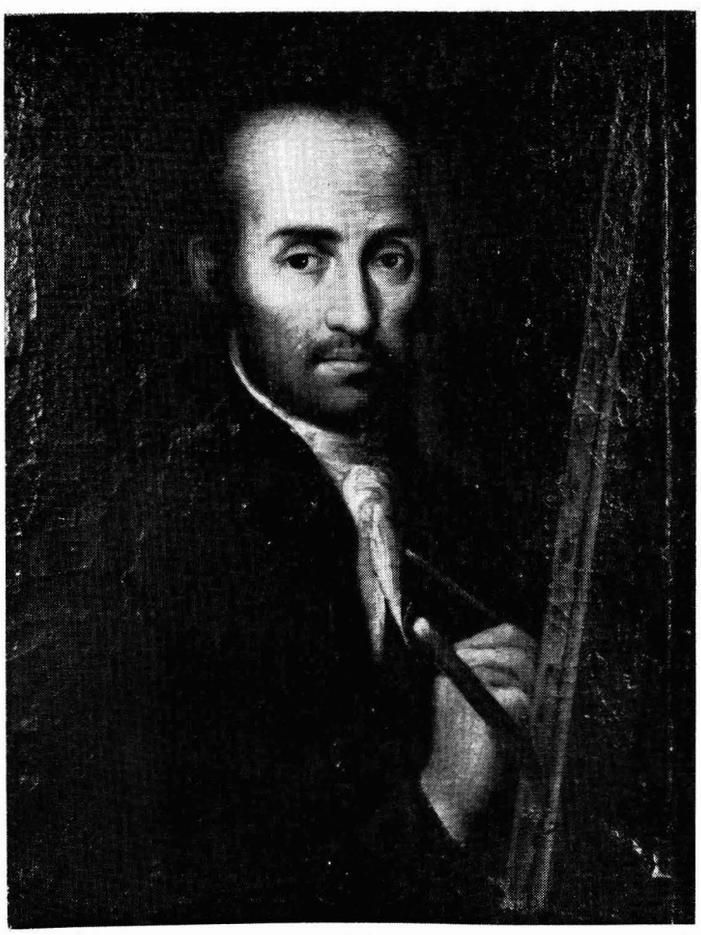
Cuando la Nueva España se va convirtiendo en México, desligándose sin desconocer su filialidad de la Metrópoli, una nueva expresión de arte va definiéndose al parejo de su estado social: el barroco mexicano. Una pintura suntuosa, de tonos azules y otoñales, de reflejos dorados de crepúsculo, pone un toque personal e inconfundible al momento.

El apogeo del arte religioso, escultura arquitectónica o arquitectura escultórica, acarrea natural decadencia en la pintura: llega a ser esclava del revuelo de los retablos que sólo la aceptan como algo complementario. Además, en el mundo entero la pintura se mueve en un ambiente de suavidad idealista, en busca de



...el retrato lleva el arte pictórico a los palacios...

una ensoñación que bien pudo ser la *Isla de Citerea*, pero que, en pinceles menos hábiles, degeneró en lo dulzón e inconsistente. Pero el arte nunca desfallece si tiene un mínimo refugio. En Nueva España los pintores, dotados de genio, pero ahogados en tal meloso ambiente, encuentran tabla de salvación en el retrato. Así surgen, magníficos, desde el de la excelsa monja, hasta el muy sincero y no menos admirable, de la niña que tiene un clavel en su mano.



...el arte nunca desfallece si tiene un mínimo de refugio...

La pintura religiosa de fines de la colonia, gazmoña en imaginación y técnica, dejaría un lamentable fin a nuestra breve reseña, a no ser por el impacto del pintor genial que a la sazón florece en España. Como un eco acogedor de su voz, un mestizo deja unos cuantos cuadros en que está hablando el realismo cruel que expresa las inquietudes del tiempo. Congruente con sus ideas y su arte, el artista muere en la lucha por la independencia de su patria. Así termina el ciclo artístico de nuestra pintura colonial.

BREVE RESEÑA DE LA EXPOSICION

EL Dr. Nabor Carrillo, Rector de la Universidad Nacional de México, inauguró el martes siete de septiembre, en el amplio Salón de Lectura de la Biblioteca Central de la Ciudad Universitaria, la exposición *Tres Siglos* (XVI, XVII y XVIII) *de pintura mexicana*, organizada por la Sección de Artes Plásticas de la Dirección General de Difusión Cultural, del propio Centro de Estudios, y montada por el museógrafo Carlos Fernández Serrano.

Esta exposición —en la que figuran cincuenta y cinco óleos, de los cuales 38 están ejecutados sobre tela, 10 sobre madera y 7 sobre lámina, en su mayoría provenientes de las Galerías de San Carlos y del Instituto Nacional de Bellas Artes—, es la primera de una serie encaminada a ofrecer a los universitarios y al público en general, una panorámica de las artes plásticas en sus diversas épocas y modalidades, en la forma más didáctica y clara posible. Las exposiciones serán complementadas a base de conferencias que ilustren los temas expuestos.

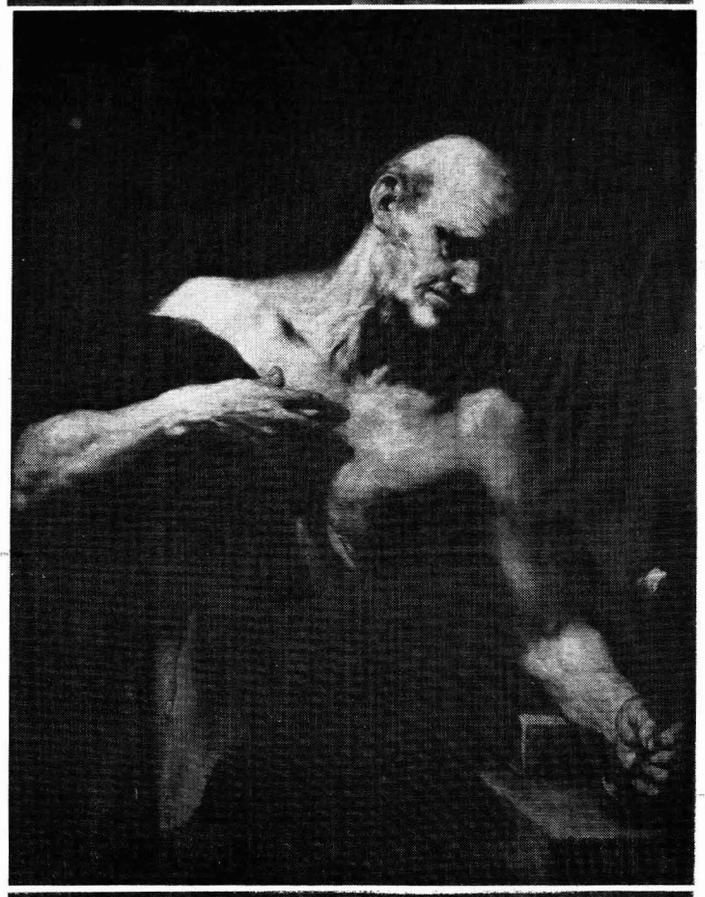
...la iglesia necesitaba la pintura para fines decorativos...

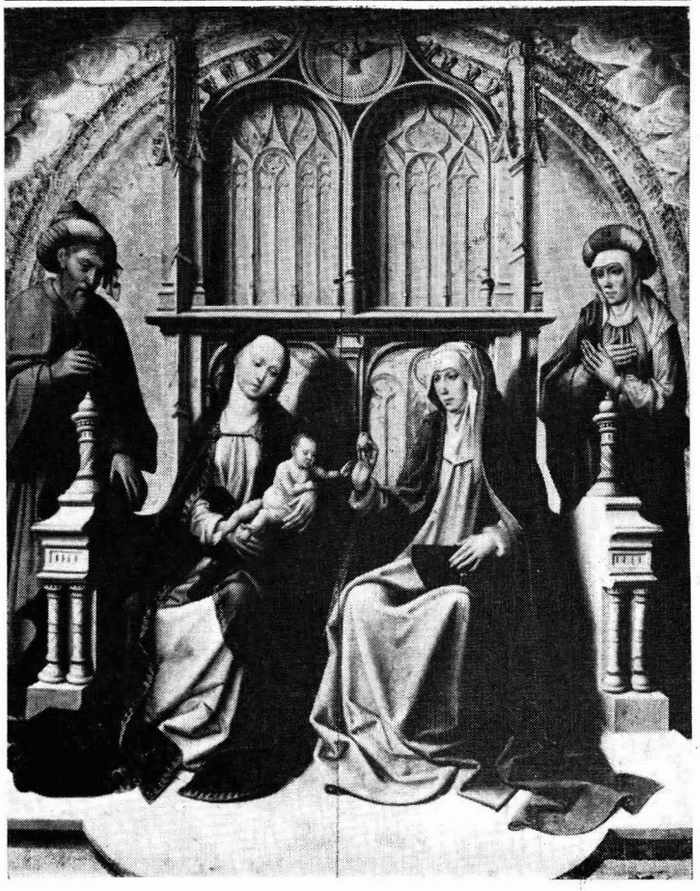
Dentro del acervo presentado, hay un lote —antecedente europeo— de trece cuadros probablemente realizados por El Tiziano, El Tintoreto, Luis de Morales (El Divino), El Españoleto, Murillo, Velázquez, Zurbarán y El Greco. Existen, además, dos óleos co-

rrespondientes a las escuelas de Westfalia y de David Gerardo, así como un cuadro atribuído a Martin de Vos y otro anónimo.

El resto pertenece al período colonial, y de él obtenemos la siguiente relación: Uno de Sebastián Perines, el primer pintor de fama mundial que aparece en México. Cuatro de Baltazar de Echave Orio, autor de los cuadros para el retablo de la Casa Profesa, a principios del siglo XVII, y los del templo de Santiago Tlaltelolco. Toda su obra, ingenua y rica, de pleno Renacimiento. Su pintura sensual, de perfección técnica, está desprovista de complicaciones espirituales. Cuatro de Alonso López de Herrera, excelente pintor que

floreció a principios del siglo XVII e ingresó a la orden de los dominicos. Cuatro de Baltazar de Echave Ibia, hijo y discípulo del primer Echave. Se caracteriza este pintor por el afán y delectación con que reproduce fondos de entonación azulada, algunos bellísimos. Su obra no ha sido descubierta sino hasta en los últimos tiempos. Tres de Sebastián López de Arteaga, de origen sevillano, introductor de la modalidad barroca en la pintura mexicana y autor de "La incredulidad de Santo Tomás", ejecutado, según la leyenda escrita en el cuadro, en cumplimiento de una sentencia inquisitorial. Tres de Luis Juárez, que en 1633 acabó de pintar





una serie de cuadros para el convento de La Merced, de la ciudad de México. Uno de José Juárez, uno de nuestros grandes pintores, hijo del anterior y discípulo de López de Arteaga. Su dibujo, a pesar del barroquismo, es de una precisión encantadora. Su hija casó con Antonio Rodríguez, dando origen este matrimonio a la dinastía de artífices Rodríguez Juárez, que empieza a principios del siglo XVII y concluye ya bien entrado el XVIII. Dos de Baltazar de Echave y Rioja, hijo del segundo Echave. No recibe las enseñanzas de su padre ni de su abuelo sino de López de Arteaga. De obra escasa, sus cuadros son sombríos, de fuerte claroscuro. Tres de Juan Correa, de los más famosos pintores de su tiempo; de obra numerosa y,

por lo mismo, desigual. Floreció de 1674 a 1714. Cuatro de Juan Rodríguez Juárez, que disfrutó de gran prestigio por el valor de su arte. Cuatro de Juan de Ibarra, que alcanzó gran fama en su tiempo, comparándosele con el Correggio y con Murillo. Tres de Miguel Cabrera, el más famoso pintor mexicano del siglo XVIII. Dos de Juan Patricio Morlete Ruiz, uno de los nombres de mayor prestigio dentro del grupo de Cabrera. Uno de José de Alcíbar, destacado también dentro del grupo cabrerista. Uno de Francisco Eduardo Tresguerras, famoso arquitecto guanajuatense que, aunque no fué notable como pintor, dejó bastantes cuadros. Y dos de Rodríguez Alconedo.